

proxima parada: las estrellas

robert
silverberg

1982

1982
1982
1982

GALAXIA
Ciencia Ficción

Recopilación de relatos de este autor completada por una historia de J. G. Ballard.

PRÓXIMA PARADA: LAS ESTRELLAS

I

Oscuras sombras violeta listaban el cielo y el bosque aparecía feo y amenazador. Lloyd Harkins se apoyó en el tronco de un corpulento árbol rojo-parduzco y miró a su alrededor, desconcertado, intentando orientarse.

Sabía que estaba *allí, no aquí. Aquí* se había desvanecido, tan repentinamente que no hubo sentido de transición o de movimiento... sino un extraño subtono subliminal de *pérdida*, cuando el mundo que conociera se fundió y fue reemplazado por... ¿por qué?

Oyó el lejano estampido del trueno haciendo vibrar el suelo y creciendo en potencia más y más. Los pájaros, con sus relucientes picos dentados y amplias y batientes alas, giraron y chillaron en el sombrío firmamento y el aire se notó frío y húmedo. Harkins se mantuvo firme, agarrándose con fuerza al enorme árbol como si fuese su último bastión de la realidad en un mundo de sueños.

Y el árbol se movió.

Se levantó de su base, osciló hacia adelante y hacia arriba, llevándose consigo a Harkins. El sonido del trueno se hizo más próximo. Harkins cerró los ojos, los abrió, boqueó impresionado.

A unos tres metros a la derecha otro árbol se movía.

Echó atrás la cabeza, miró a lo alto, al cerrado cielo, y comprobó el hecho que deseaba denegar: los árboles no eran árboles.

Eran patas.

Patas de un ser enorme, más allá de cuanto se pudiera creer, cuya cabeza se alzaba a quince metros o más por encima del suelo del sombrío bosque. Un ser que había comenzado a moverse.

Harkins hundió frenéticamente las manos en la pata, colgándose mientras se balanceaba alocado a través de un arco de casi cinco metros en cada paso de la monstruosa criatura. Gradualmente, el mundo que le rodeaba volvió a tomar forma y poco a poco el hombre restableció su control sobre aquella mente suya petrificada por el miedo.

A través de los manchones de verde brillante de la vegetación pudo ver a la criatura en la que cabalgaba tan precariamente. Era gigantesca de forma de hombre aunque de manera vaga, vistiendo una especie de cazadora y un par de pantalones cortos que terminaban a unos ocho metros por encima de la cabeza de Harkins. A partir del borde de los pantalones, descendía una piel de un pardo rojizo con la textura de la madera. Harkins incluso pudo distinguir de modo impreciso una cara, muy arriba, con rasgos pronunciados propios de una casta extraña no humana.

Comenzó a encajar el rompecabezas que constituía su medio ambiente. Era un bosque... ¿pero dónde? Aparentemente en la Tierra... mas en una Tierra que nadie conoció jamás con anterioridad. La bóveda del cielo por la que cruzaba aparecía llena de ricos y oscuros colores y los pájaros que revoloteaban en lo alto eran criaturas de pesadilla de un aspecto aterrador.

El suelo era pardo y la vegetación verde. Sin embargo, todo lo demás había cambiado.

¿En dónde estoy?, se preguntaba Harkins una y mil veces.

Y... *¿Por qué estoy aquí?*

Y... *¿Cómo podré volver?*

No tenía respuesta a sus propias preguntas. El día comenzado de manera corriente, prometiendo ser poco más o menos idéntico al anterior o a todos los otros días pasa-

dos. Después del mediodía del 21 de abril de 1957, emprendió el camino hacia los laboratorios electrónicos de la ciudad de Nueva York, en el planeta Tierra. Y ahora estaba aquí, sin poder precisar adonde era este *aquí*.

Su anfitrión continuó dando zancadas por el bosque, en apariencia sin preocuparse del hombre que se le colgaba de la pantorrilla. Los brazos de Harkins comenzaban a cansarse de sujetar su cuerpo y de pronto un nuevo pensamiento le pasó por la mente: *¿Por qué no soltarse?* Estaba sufriendo una especie de parálisis en su sentido de la iniciativa, pero ya recuperado su equilibrio mental. Se dejó caer.

Dio contra el suelo con solidez y quedó extendido boca abajo. El piso resultaba cálido y emitía un enorme aroma a fértil, y por un momento quedó agarrado a él como minutos antes lo estuviera al «árbol». Luego se puso en pie y miró de reojo a su alrededor, buscando un sitio donde esconderse y poder reconocer el terreno.

No lo había. Y una mano descendía hacia él... de un color pardo-rojizo, enorme, terminada por uñas afiladas y relucientes que tendrían una longitud de más de quince centímetros. Con suavidad, la mano gigantesca alzó a Harkins.

Tuvo un momento de vértigo mientras subió quince metros, sostenido con ternura por el coriáceo abrazo de los dedos del gigante. La mano se abrió y Harkins se encontró plantado en la palma extendida del tamaño de una mesa grande, mirando con fijeza a un extraño rostro oval de compasivos ojos hundidos y una amplia boca casi sin labios tachonada de dientes triangulares. El ser parecía sonreír complacido a Harkins.

—¿Qué es lo que eres? —preguntó Harkins.

La sonrisa de la criatura se distendió más, haciéndose más melancólica, pero no hubo respuesta... sólo el áspero lamento de los pájaros del bosque y el lejano retumbar del trueno que se aproximaba. Harkins se sintió bajado hasta un lado del gigante y una vez más el ser comenzó a moverse rápidamente a través del bosque, aplastando los mato-

rrales y hierbas bajo sus pies. Harkins, con el estómago revuelto a cada paso, cabalgó acunado en la entreabierta manaza de la criatura.

Después de lo que pareció ser el transcurso de diez minutos o más, el gigante se detuvo. Harkins miró en su torno, sorprendido. El trueno ahora sonaba cerca y sobreimponiéndose a su fragor se oía el sordo batir de los árboles al caer. El gigante estaba plantado completamente inmóvil, las piernas firmemente asentadas como si fueran troncos de árbol, esperando.

Pasaron los minutos... y entonces Harkins vio por qué el gigante se había detenido. Viniendo hacia ellos había una máquina... un robot, advirtió Harkins, de unos cuatro metros y medio de altura. Tenía forma humana, pero se le veía más compacto; un espigón, semejante al cuerno de un unicornio, se le proyectaba desde el centro de aquella frente placada en níquel y en vez de piernas caminaba sobre amplios zancos. El robot marchaba por el bosque, apartando a un lado los árboles que se le interponían, con gestos casuales de sus descomunales antebrazos, haciéndolos caer a derecha e izquierda sin el menor esfuerzo aparente.

El gigante permaneció inmóvil, mirando a la fea máquina mientras ésta pasaba. El robot no prestó atención al anfitrión de Harkins y siguió barriendo a través del bosque como si siguiera algún rumbo predeterminado.

Minutos más tarde se perdió de vista dejando tras sí una estela de árboles desenraizados. Mientras el tronar del robot disminuía tras ellos, el gigante reanudó su viaje por el bosque. Harkins se mostró paciente, aunque sin atreverse a pensar en nada.

Al cabo de un largo rato apareció un claro... y Harkins se vio sorprendido y complacido al descubrir un pequeño hacinamiento de chozas. Cabañas del tamaño de un hombre, formando un suelto círculo y constituyendo un poblado. Moviéndose por el centro del círculo se veían puntitos

que Harkins comprobó eran personas, seres humanos, hombres.

¿Una colonia?

¿Un campo de prisioneros?

La gente del poblado divisó al gigante y se agrupó en una pequeña masa gesticulante y señalando. El gigante se acercó hasta unos cien metros del poblado, se agachó y puso delicadamente a Harkins en el suelo.

Atontado tras el largo viaje en la mano de la criatura, Harkins se tambaleó, vaciló y cayó. Casi se esperaba ver como el gigante volvía a recogerle, pero en su lugar el ser empezó a retirarse hacia el bosque, partiendo tan misteriosamente como viniera.

Harkins volvió a levantarse. Vio cómo la gente corría hacia él... gente de aspecto frenético, peligroso. De pronto comenzó a sentir que se habría considerado más seguro en la mano del gigante.

II

Eran siete, cinco hombres y dos mujeres. Probablemente serían los más valientes. El resto quedó atrás y vigiló los acontecimientos desde la relativa seguridad de sus chozas.

Harkins asentó sus pies en el suelo con firmeza y les aguardó. Cuando los tuvo cerca, alzó una mano.

—¡Amigo! —exclamó bien alto—. ¡Paz!

Las palabras parecieron causar efecto. Los siete se detuvieron y se distribuyeron en semicírculo en torno a Harkins, con algo de nerviosismo. El más corpulento de los hombres, un tipo alto, de amplios hombros, con un crespo y largo pelo negro, rasgos bastos y ojos hundidos, se adelantó.

—¿De dónde eres, forastero? —Gruñó en un inglés reconocible aunque singularmente distorsionado.

Harkins recapacitó y decidió seguir actuando en la creencia de que eran tan salvajes como parecían. Señaló al bosque.

—De allí.

—Eso lo sabemos —contestó el hombre alto—. Vimos cómo te traía el Gigante Estrella. ¿Pero dónde está tu poblado?

Harkins se encogió de hombros.

—Muy lejos de aquí... más allá del océano. —Pensó que aquella era una historia tan buena como otra cualquiera. Y deseaba adquirir más información de aquella gente antes de proporcionar datos acerca de sí mismo. Pero una de las mujeres habló.

—¿Qué océano? —Su voz era desdeñosa. Era una hembra achaparrada, de tez amarillenta que vestía una sucia y rota túnica—. Aquí no hay océanos cerca —se acercó más a Harkins, mirándole con fulminante fijeza. Le olía el aliento. Dijo acusadora—: Eres un *espía*. Vienes de Tunnel City, ¿verdad?

—El Gigante Estrella le trajo —destacó calmosa la otra mujer. Era alta y de aspecto salvaje, con abundante cabellera rubia cuyo aspecto parecía indicar que nunca se la había cortado. Llevaba destrozados pantalones cortos y dos tiras de tela cubriéndola el pecho—. Los Gigantes Estrellas son aliados de los habitantes de la ciudad, Elsa —añadió la mujer.

—Silencio —salto el tipo robusto que hablara primero. Se volvió a Harkins—. ¿Quién eres?

—Me llamo Lloyd Harkins. Vine desde muy lejos cruzando el océano. No sé cómo llegué hasta aquí, pero el Gigante Estrella —por lo menos en esta parte dijo la verdad—, me encontró y me trajo a este lugar —extendió las manos—. Más no puedo decirlos.

—Uh, muy bien, Lloyd Harkins —el hombretón se volvió hacia los otros seis—. ¿Le matamos o le permitimos que se quede?

—¿Qué raro es que nos pidas nuestra opinión, Jorn! —exclamó la mujer achaparrada que se llamaba Elsa—. Pero yo diría que le matemos. Viene de Tunnel City. ¡Lo sé!

El llamado Jorn se encaró a los otros.

—¿Qué decís?

—Que viva —replicó un joven de aspecto soñoliento—. Parece inofensivo.

Jorn frunció el ceño.

—¿Y el resto?

—Muerte —contestó un segundo hombre—. Parece poco sincero.

—Pues a mí me parece lo contrario —apuntó un tercer macho.

—A mí también —dijo el cuarto—. Pero voto por la muerte. Elsa se equivoca raras veces.

Harkins se mordió nervioso el labio inferior.

Había ya tres votos por su muerte, dos a su favor. Jorn miraba expectante a la chica del pelo largo y de expresión hosca.

—¿Tu opinión, Katha?

—Que viva —dijo despacio.

Jorn gruñó.

—Sea. Yo también voto en su favor. Puedes unirme a nosotros, forastero. ¡Pero mi voto es decisivo... y si lo cambio, morirás!

Marcharon por el claro hacia el poblado, en fila, Jorn abriendo la marcha y Harkins en retaguardia por Katha. El resto de los habitantes del pueblucho le miró con curiosidad mientras penetró en el círculo de chozas.

—Este es Lloyd Harkins —dijo Jorn en alta voz—. Vivirá con nosotros.

Tenso, Harkins miró de reojo a cada uno de los presentes. Serían unos setenta, oscilando desde personas de barba gris hasta niños desnudos. Parecían singularmente salvajes y civilizados a la vez. El pueblo constituía una extraña mezcla de algo primitivo y cultivado.

Las cabañas estaban construidas con alguna sustancia plástica poco familiar de color verde oscuro, lo mismo que sus ropas. Una hoguera ardía en el centro de un pequeño cuadro o plazoleta formado por el anillo de chozas. Desde donde estaba, Harkins podía ver la jungla con claridad... espesa, poblada de densa vegetación, que evidentemente no había crecido de la noche a la mañana. Pudo ver el pisoteado sendero que hiciera el Gigante Estrella.

Se volvió a Jorn.

—Soy forastero en esta tierra. No sé nada acerca de vuestro modo de vivir.

—Todo lo que necesitas saber es que yo soy quien manda —contestó Jorn—. Obedéceme y no te llevarás el me-

nor disgusto.

—¿Dónde me voy a alojar?

—Hay una choza para los hombres solteros —contestó Jorn—. No es muy cómoda, pero es lo mejor que podemos proporcionarte —los profundos ojos de Jorn se contrajeron—. A propósito, en este poblado no hay ninguna mujer disponible. Es decir, a menos que quieras a Elsa —echó atrás la cabeza y soltó una potente carcajada.

—Elsa tiene los ojos puestos en uno de los Gigantes Estrellas —dijo alguien—. Esa es la única clase que puede satisfacerla.

—*¡Sapo!* —La mujer regordeta conocida como Elsa saltó contra el hombre que había hablado y la ferocidad de su ataque derribó al individuo por el suelo. Elsa se le sentó en el pecho y comenzó a golpearle la cabeza contra el piso. Un perezoso movimiento de Jorn la desmontó de su improvisada cabalgadura y la lanzó a un lado.

—Ahorra tus fuerzas, Elsa. Te necesitaremos para arrojar los maleficios cuando vengan los hombres de Tunnel City.

Harkins frunció el ceño.

—Esa Tunnel City... ¿dónde está? ¿Quién vive allí?

Jorn giró lentamente en su dirección.

—O bien eres un tonto de capirote o en realidad eres un forastero. Tunnel City es uno de los Viejos Lugares. Nuestros enemigos viven allí, en las ruinas. Nos hacen la guerra... y los Gigantes Estrellas lo contemplan. Eso les divierte.

—Los de Tunnel City... ¿son hombres, como nosotros? Quiero decir, ¿no son gigantes?

—Sí, es cierto, son como nosotros. Por eso luchan en contra nuestra. Los seres diferentes no molestan.

—¿Diferentes?

—Ya lo descubrirás. Deja de hacer preguntas, ¿quieres? Hay que recoger comida —Jorn se volvió a un aldeano joven de pelo color maíz—. Enséñale a Harkins dónde va a vivir... y luego ponle a trabajar en el campo del grano.

Un confuso torbellino de pensamientos fluyó tumultuoso por la mente de Harkins mientras el joven se le llevaba. Poco a poco el rompecabezas iba adquiriendo sentido.

Los aldeanos hablaban una especie de inglés que fomentó la teoría de Harkins de que por alguna razón había sido arrojado hacia atrás en el tiempo. La alternativa, por dura que fuese de aceptar, resultaba clara: él estaba en el futuro, en un mundo extrañamente alterado.

Los Gigantes Estrellas... ¿quiénes eran? Jorn le había dicho que miraban mientras los poblados contendían. Dijo que eso les divertía. Tal detalle presuponía que en este mundo los gigantes eran las fuerzas dominantes. ¿Pero eran humanos? ¿Invasores procedentes de otra parte? Esas preguntas tendrían que aguardar la respuesta. Jorn ni siquiera conocía las contestaciones; o no quería que Harkins las supiera.

El robot del bosque... no tenía explicación. Sin embargo, el Gigante Estrella había mostrado hacia él un saludable respeto.

La tribu de aquí... Jorn la mandaba y todo el mundo parecía acatar su autoridad. Un estado de cosas muy convencional y lindamente primitivo, pensó Harkins. Eso implicaba una ruptura casi total con la civilización en algún momento del pasado. Las piezas iban encajando, aunque existían muchas lagunas.

La Tunnel City, hogar del odiado enemigo. «Lino de los Viejos Lugares», había dicho Jorn. Los enemigos vivían en las ruinas. Eso resultaba bastante claro. ¿Pero qué había de esos «diferentes»?

Sacudió la cabeza. Aquel era un mundo extraño y confuso y posiblemente cuantas menos preguntas hiciera más seguro se encontraría.

—Aquí está nuestra casa —dijo el nativo. Señaló a una larga choza, baja y ancha—. Los hombres solteros se alojan aquí. Ocupa cualquier cama que no tenga ropas en ella.

—Gracias —contestó Harkins. Se agachó para entrar. El interior de la choza era tosco y desnudo, con jergones de paja desparramados al azar dentro. Eligió uno que parecía aceptablemente limpio y colocó en él su chaqueta. Dijo—: Este es mío.

El otro asintió.

—Ahora a los campos de grano —señaló el claro que quedaba detrás del poblado.

Harkins pasó el resto de aquella tarde trabajando en los campos, usando deliberadamente tanta energía como pudo y procurando no pensar. Para cuando se acercó la noche estaba en extremo exhausto. Los hombres regresaron al poblado, donde las mujeres sirvieron una sencilla pero nutritiva cena comunal.

La vida simple, pensó Harkins. El laboreo y la producción de alimentos y los ocasionales conflictos intertribales. Apenas podía considerarse que sus remotos descendientes hubieran alcanzado una destacada posición, observó con malicia. Y algo había equívoco en la imagen. La ruptura debió haber ocurrido muy recientemente, para que ellos se hubieran hundido en un sistema cultural tan bajo... pero el espesor forestal implicaba el paso de muchos siglos por aquella zona desde que estuvo antiguamente muy poblada. Harkins comprobó que aquí, en su reconstrucción lógica, había un agujero, y se sintió incapaz de rellenarlo.

Llegó la noche. La luna era llena y miró a su rostro lleno de picaduras como de viruela, con añoranza, sintiendo una fuerte nostalgia del mundo atestado y ajetreado del que había sido arrancado. Miró a los tribeños, esparcidos en el suelo, las panzas llenas, los cuerpos cansados. Alguien murmuraba una canción desentonada, sin melodía. Fuertes ronquidos llegaron desde detrás suyo. Jorn estaba tenso en pie, silueteado contra la brillantez de la luna, mirando hacia el bosque, como si esperara alguna momentánea invasión. Desde muy lejos llegaba el retumbante sonido de un robot abriéndose paso a través de los árboles, o posiblemente de

un Gigante Estrella que marchara a alguna misión desconocida.

De pronto, Jorn se volvió.

—Hora de dormir —ordenó—. A vuestras chozas.

Se movió por el claro, dando patadas a los dormidos, y apartando a empujones a las mujeres del fuego. *Es el jefe de acuerdo*, pensó Harkins. Estudió apreciativamente los nudosos y destacados músculos de Jorn y decidió hacer cuanto estuviera en el camino del hombretón durante su estancia en el poblado.

Más tarde, acostado Harkins en su tosco lecho, trató de dormir. Le resultó imposible. Los brillantes rayos de luna penetraban torrenciales por la abierta puerta de la cabaña y además estaba demasiado tenso para que le llegara el sueño. Mirando a su alrededor, vio los seis hombres que compartían la choza con él profundamente dormidos, recibiendo así la recompensa de su duro día de trabajo. Poseían la seguridad, pensó... la seguridad de la ignorancia. Él, Harkins, poseía demasiada perceptibilidad propia del hombre civilizado. Los ruidos nocturnos del exterior le conturbaban, y los estrépitos apagados del bosque despertaban en él terrores profundamente enterrados. Aquel mundo no era apropiado para hombres nerviosos.

Cerró los ojos y volvió a tumbarse. La imagen del Gigante Estrella flotaba ante él, primero el Gigante Estrella como árbol, luego su completa figura, por último aquella cara benigna y singularmente melancólica. Se imaginó a los Gigantes Estrellas reunidos juntos, dondequiera que viviesen, moviéndose con masiva gracia e inclinándose elegantemente haciéndose mutuas reverencias en una especie de fantástico minueto. Se preguntó si el que le había encontrado hoy se dio cuenta de que recogía a un ser inteligente, o si pensó que se trataba de alguna criatura bípeda y pequeña del bosque, demasiado diminuta para tomársela en serio.